

UN PUEBLO DE HISTORIAS

Ana
Rocío
Ana y Rocío
Maruja y Juan
Juana y la bicicleta
Isabelle

Ana

Las mellizas del pueblo no eran especialmente agraciadas físicamente. Sus desgarradas figuras tenían un terrible atractivo: eran las hijas del acaudalado matrimonio dueño del único supermercado de la comarca. Su madre las cuidaba con mucho esmero y consideraba que los chicos del pueblo no eran aptos candidatos para esposar a sus privilegiados retoños. En verano, la población se triplicaba y algunas familias autóctonas que vivían en la capital, llegaban con amigos a disfrutar las fiestas patronales. Además, muchos trabajadores temporeros marroquíes, rumanos y otros países del este, eran contratados para recoger la fruta, las olivas y las almendras. Todas estas hormonas juveniles ocasionaban un continuo trajín en la Matrona, para impedir que sus vástagos tuvieran malas relaciones.

Al principio fue fácil, pero la adolescencia desbordó sus capacidades de control. Con una a lo mejor podría, pero dos a la vez, le causaban un tremendo dolor de cabeza, sobre todo por las personalidades tan diferentes. Mientras Ana mantenía más o menos, las estrictas normas de su madre, Rocío sobrepasaba con creces, el comportamiento prohibido. Esas diferentes formas de ser las había distanciado y cada una tenía amigos y experiencias diferentes.

Su madre decidió entonces concentrarse en Ana y abandonar a Rocío por imposible. De modo que cuando a los veinte años, Ana encontró un chico formal entre las amistades capitalinas que frecuentaban el pueblo, la Matrona se desvivió por preparar la más gloriosa boda en la historia de la Región. Trecientos invitados debían encontrar sitio en la Hacienda familiar engalanada para el momento con toda la parafernalia necesaria para demostrar el poderío económico. Don Francisco, el cura del pueblo, accedió a celebrar la misa en la propia Hacienda. Todo debía estar perfecto y no se escatimaron gastos.

La noche anterior a la boda, la contrayente se reunió con su prometido y su familia política en una cena que parecía normal. Pero no lo era. Fue sometida a un interrogatorio sobre los bienes que tenía a su nombre, las participaciones que le pertenecían en las empresas de sus padres y demás elementos financieros que le correspondían al nuevo matrimonio. Ana respondió como pudo, pero en su interior

quedó claro que esta boda era de pura conveniencia económica y su gran amor por el chico sufrió un grave deterioro.

Al llegar a casa habló con su madre y le dijo que no se casaba. Que había cometido un enorme error y no quería seguir con ello. ¡Madre mía lo que acababa de decir! La Matrona puso el grito en el cielo y le ordenó que siguiera con lo planeado. Que no iba a desbaratar todo por un capricho de ella. Que se dejara de monsergas que el chico era de buena familia. Que qué iba a decir la gente después de todo lo que se había trabajado. Que le habían comprado un piso a su nombre y amueblado completamente para que vivieran felices. Que no iba cometer un desplante a su propia familia que ya estaban instalados en las mejores habitaciones. Que esta boda se celebraba sí o sí. Y que se fuera acostar ya que mañana tenía que madrugar.

Apabullada y culpabilizada por tantas razones, Ana aceptó seguir con el bodorrio planificado por la Matrona. Se autoconvenció de que todo iba a salir bien a pesar de todo. Y así sucedió. La ceremonia y la fiesta fue todo un éxito y los invitados se lucieron con magníficos regalos. El problema vino una semana más tarde. El nuevo esposo fue claro y neto. Ella podía hacer la vida que quisiera que él iba a hacer lo mismo. Él estaba ahí para pasarlo bien y lo demás le importaba un bledo.

Ana, compungida, volvió donde su madre a preguntar que hacía. ¿Cómo podría enfrentar esta situación? De nuevo la Matrona intentó convencerla para que aguantara y no montara un escándalo, sobre todo, teniendo tan reciente la boda. Pero esta vez, Ana consultó con su padre y le contó la verdad desde la noche antes de la ceremonia.

El patriarca montó en cólera contra la Matrona y la puso de todos los colores. Si lo hubiera sabido, por su sangre que no se había llevado a cabo este matrimonio de pacotilla. Y con toda la furia que le embargaba se fue a hablar con su yerno. No se sabe de qué hablaron, pero en dos meses Ana estaba divorciada legalmente y libre de todo compromiso. Las malas lenguas del pueblo dicen que fue una mezcla de serias amenazas y una buena indemnización las que lograron el milagro.

Pero Ana tenía sentimientos encontrados, nadie contó con ella, nadie preguntó por sus sentimientos. Ni el novio y luego marido, ni su madre y mucho menos su padre. No era nadie. Una veleta que movía el viento de los acontecimientos. Peor aún, se sentía como el espantapájaros que tenían en el sembrado, moviendo los brazos y la cabeza al son que marcaba las corrientes que llegaban del norte. Entonces le llegó la oscuridad. El desbarajuste mental que todo lo puede. El mundo negro del desespero inundó las horas tristes de Ana. Sobraba en este mundo abusivo. Solo le quedaba el consuelo de volver a oraciones y enseñanzas religiosas que había aprendido en las ursulinas. De modo que antes de cometer el acto que tanto miedo le daba, decidió confesarse con Don Francisco, el párroco que la conocía desde niña.

A sus cuarenta años Don Francisco tenía la suficiente experiencia como sacerdote salesiano y padre espiritual para la salvación de las almas de la juventud. Recién llegado al pueblo, le tocó administrar la catequesis y la Primera Comuni3n de las mellizas cuando tenían nueve años. De modo que, poco a poco, logró penetrar en los oscuros laberintos que atormentaban el coraz3n de Ana. La fue guiando con las herramientas aprendidas en sus años de seminarista de tal manera que las conversaciones se volvieron continuas y entre las cinco y siete de la tarde, Ana y el párroco se encerraban en la sacristía buscando el amparo espiritual que la salvara. ¡Y vaya si lo consiguió! A los cuatro meses de este tratamiento de choque, la doliente feligresa quedó

embarazada.

Don Francisco había calculado muy bien su golpe maestro. Descubrió cual era el camino más expedito para salir de este presente y futuro miserable que le esperaba como cura pueblerino. Deseaba regresar a la vida civil y el azar le brindaba la mejor oportunidad de su vida. Y no la iba a desperdiciar. De modo que además de arremangarse la sotana en la sacristía, fue a hablar directamente con el Patriarca con un discurso infalible que había preparado con mucho esmero, fruto de sus rutinas sermonéales dominicales.

Al Patriarca no le disgustó su nuevo yerno. Al menos no era un palitroque como el anterior y hasta le daba un pequeño lustro a la familia. Además, su nieto ya estaba en el horno y era lo que más deseaba. Esta vez la Matrona, aunque desconfiaba del cura y le parecía un horror lo que se avecinaba, tuvo la suficiente delicadeza y sensatez de quedarse callada. Al fin y al cabo, era culpable de lo que sucedía.

Contando con la bendición de la familia, se iniciaron los trámites de secularización que no eran fáciles de conseguir. Pero las buenas relaciones del Patriarca y una suculenta donación, eliminaron rápidamente los escollos planteados en los libros sagrados de las dispensas papales. Tres meses después, Don Francisco y Ana se convirtieron en matrimonio en el registro civil y esta vez, el acompañamiento de la ceremonia se hizo con la presencia estricta de los familiares cercanos y disponibles. Aproximadamente diez personas. Cuando se enteraron, las malas lenguas del pueblo repetían en los bares: Pero si parecía maricón y mira que listo salió. Ahora a vivir del cuento como siempre lo ha hecho.

El primer disgusto del Patriarca llegó cuando se enteró de que el vástago prometido era una niña. Su ilusión de tener un varón en la familia se desvanecía rápidamente. Pero no era grave. Todavía quedaba esperanza con el próximo. El segundo disgusto fue más desconcertante. Su ilustre yerno, después de tres años de estudios teológicos, dos años de filosofía cristiana y demás estudios de la vida de Santos, Vírgenes y demás historia eclesiástica, no tenía ni puñetera idea de cómo ganarse la vida fuera de la Iglesia.

El primer negocio que tuvo, fue como distribuidor exclusivo de un extraordinario aparato que, conectado a los conductos de agua, reducirían al máximo el coste del consumo. Las constructoras y las grandes urbanificaciones se lo quitarían de las manos. Montó una oficina a todo lujo con escritorio de roble como correspondía a un Director de una próspera empresa. Y antes de efectuar la primera venta, su mente privilegiada estaba planificando como hacerse con la patente del maravilloso invento y ser el único dueño. Cosa que hubiera logrado si su suegro no hubiera intervenido a tiempo, para cortar por la sano toda la sangría financiera que le habían estafado y lo que los embaucadores le pretendían sacar en el futuro. Desde entonces el Patriarca prefirió que pasara el tiempo fumando y tomando café, a seguir pagando sus incompetencias comerciales. Máxime cuando ahora, Ana se encontraba de nuevo embarazada y la esperanza de un nieto volvieron a ilusionarlo. Pero la vida escribe sus líneas en pentagramas cambiados. Un fulminante ataque cardíaco se llevó por delante al Patriarca. Y entonces apareció Rocío, la hermana desaparecida de algunos años.

Rocío

Rocío siempre fue rebelde y montaraz. Nunca le tuvo miedo a enfrentarse con los chicos, ni a cualquier reto que se le presentara. A los dieciséis años se fugó con un joven rumano a la paradisíaca isla de Ibiza y durante dos años sus padres no supieron nada de ella. Regresó un diciembre, acompañada de un francés, a pasar el año nuevo con su familia. El año siguiente fue un holandés y en otra visita, fue un sueco. Las envidiosas y lenguaraces vecinas, la bautizaron como “Miss Coño Internacional” en los parques del pueblo. Se preguntaban a quién traería en la próxima visita y llegaban a apostar sobre la próxima nacionalidad del novio. Cuando regresó para el funeral del Patriarca, ganaron las que habían apostado por un sudaca.

Esta vez llegó acompañada de un gran poeta dominicano que conquistó su corazón incomprendido con la cantidad de poemas dedicados a ella. Los coleccionaba en un cuaderno lujosamente empastado y los mostraba con mucho orgullo. Inocentemente me los dejó leer en el bar del pueblo sin ponerme en antecedentes. Ingenuamente, pensando que era una fanática, me puse a cantar todos los boleros que estaban escritos a máquina en ese precioso cuaderno.

Ella se quedó mirándome con ojos asustados, preguntándome qué cómo conocía los poemas de su novio. Le dije la verdad. Todos eran letras de los más famosos boleros sentimentales cubanos, mexicanos y puertorriqueños. Escogía uno al azar y se lo cantaba. Mas aún, puse “Piensa en mí” en la gramola del bar cantada por el gran Machín. Entonces su mirada se tornó en furia contenida. Y me contó lo de su novio poeta.

Le expliqué que, en el Caribe, los chicos y chicas tenían la costumbre de dedicarse canciones como muestra de amor. Y los boleros eran sus preferidos. Mirándome fijamente y sin apartar su vista de mis ojos, rompió todos y cada uno de los famosos poemas de su novio. No tengo la menor idea de que sucedió cuando regresó a su casa. Pero al día siguiente no había ni rastro del dominicano.

Había ido al pueblo acompañando a una amiga, pariente del Patriarca. Me alojaba en la Hacienda y por esa razón llegué a conocer a casi toda la familia. Rocío era

una extraordinaria mujer que amaba su libertad por encima de todas las cosas. En su estancia en Ibiza, donde regentaba un chiringuito de playa, además de aprender idiomas, adquirió una impresionante habilidad para mandar a la mierda a cualquiera y le importaba muy poco la opinión que los demás tuvieran de ella. Demostró que podía valerse por sí misma y por eso, el Patriarca siempre la protegió.

La herencia patriarcal abrió un gran grifo de liquidez para las mellizas. Rocío se reconcilió con su hermana y ambas decidieron dirigir los negocios familiares, sobre todo el Supermercado comarcal que les dejaba pingues beneficios. Don Francisco tuvo prueba viviente de los milagros que antes intuía. El maná que le cayó del cielo le permitió tener una vida muy holgada los primeros años, hasta que le llegó una extraña enfermedad que, según su médico, necesitaba tomar aguas curativas en el balneario exclusivo de Maspalomas, en las Islas Canarias. Ahí se pasaba el pobre la mayor parte del año a costa de su mujer. Hasta que Rocío contrató un detective para demostrarle a su hermana lo que la grosera rumorología del pueblo ya lo sabía y ella se negaba a aceptar. El balneario de Don Francisco era el mejor Centro homosexual de Europa y su marido hacía rato que había salido del armario gracias a su dinero.

Con el tiempo, Rocío tuvo un hijo con un gaditano de ojos verdes de quien estuvo enamorada hasta los tuétanos. Cuando se enteraron, las viperinas lenguas del pueblo comentaban: Anda que Miss Coño Internacional se nacionalizó. Otro que viene a vivir de la sopa boba... Pero no era verdad. El de Cádiz tenía una profesión bien definida, era enfermero profesional y estaba contratado por una empresa multinacional que, entre salario de base, horas extras y dietas de viajes intempestivos, ganaba un buen salario para tener una vida muy cómoda.

Demasiado cómoda como pudo comprobarse cuando se apareció en el pueblo con un flamante Ford Mustang rojo, cuyos rugidos del motor hacían temblar las ventanas del vecindario. Dos años después del nacimiento de su hijo, el Mustang seguía aparcado en la hacienda familiar sin que nadie lo tocara y el gaditano estaba desaparecido.

Las malas lenguas de nuevo, apuntaban a una detención por tráfico de droga en el Estrecho de Gibraltar. A Rocío le traía sin cuidado los rumores. Su felicidad se encontraba colmada con la crianza de su precioso hijo de ojos verdes como su padre. Con eso le bastaba.

§§§§§

PD: Me escribe Ana internamente para prohibirme contar la historia de su familia. Que piense en sus hijas. Le digo que nadie sabrá quienes son pues los nombres están cambiados y nunca mencioné el nombre del pueblo. Además, mis lectores nunca imaginaran de quien habló. Igualmente, no he contado la historia de la Matrona ni la del Patriarca que también tiene su guasa. Por el contrario, Rocío me espolea a seguir contando porque le divierte verse reflejada.

“La gente vive de la envidia que nos tiene. Su miserable moralidad solo tiene lengua para vomitar sandeces sobre nosotras. La mayoría vive del trabajo que les proporciona nuestras empresas. Son lameculos cuando trabajan, pero no tienen vergüenza en ponernos a parir en todos los rincones de este pueblo de mierda. Gilipollas que debían lavarse la boca con jabón antes de destilar sus asquerosas babas sobre nosotras. ¡Anda que no tendrías historias que contar si conocieras quienes de estas gentuzas se chupan los genitales con sus amantes!”

(Adivinen cuál de las mellizas me escribió tan generosas palabras.)

Ana y Rocío

Ana y Rocío quedaron impresionadas con mis anteriores escritos sobre sus vidas y el pueblo en que viven y publicados en Facebook. Tanto, que me invitaron a pasar una semana con ellas en su fabulosa hacienda. Con dos condiciones. Que escribiera sobre lo que me iban a contar y que sus vástagos no lo leyeran. La segunda condición era muy fácil de cumplir. Sus retoños estaban en otro mundo y ni puñetero caso me hicieron. Pero fue la primera condición la que llamó poderosamente mi atención. Me intrigaba saber que me habían preparado.

Llegue por la tarde en el mes de diciembre y el pueblo estaba engalanado con sus luces navideñas. La hacienda de las mellizas solo tenía un bello árbol emperifollado con adornos delicados y elegantes

- En tiempos de la Matrona, esta casa brillaba como una pista de aeropuerto- me dijo Ana - ahora los chicos no quieren tanto. Pasan de todo y van a lo suyo

- Y nosotras no estamos tampoco por la labor - confirmó Rocío - con nuestros trabajos tenemos más que suficiente. El súper y la conservera nos quita todo el tiempo. -

Me recibieron a cuerpo de rey. Tenían unos excelentes vinos Gran Reserva Vega Sicilia y botellas de güisque escoceses de 18 años. Espectaculares. Precisamente, bebiendo uno de ellos, al pie de una esplendorosa chimenea, Ana me interpeló directamente.

-¿Por qué no escribiste que fui yo quien escribió el último párrafo que publicaste?

-

- ¡Vaya!, ya salió la cuestión – intervino Rocío – no veas cómo me ha dado la lata sobre eso. Quería que todos se dieran cuenta que fue ella, harta de las habladurías.

-

- ¡Claro! Porque tú siempre quedaste bien mientras yo fui la tonta del bote ¿No?

- ¡Pero es que lo eras! - le interrumpió Rocío riendo...

- ¡Pero ya no! He cambiado y mucho. Y nadie me va a tomar por gilipollas. Y no quiero que la gente se quede con esa antigua Ana... -

- ¡Pero sin nadie sabe quién es Ana ¡- le dijo riéndose Rocío – Que más te da. -

- ¡Pues yo si lo sé y es lo que me importa ¡De modo que lo dirás alto y claro y

sanseacabó...! -

- Que sí, Ana que sí. Lo diré y además remarcaré la transformación de tu carácter y personalidad en estos últimos años - le dije en son de paz - Sinceramente te admiro porque has sabido imponerte a todas las circunstancias que rodearon tu vida. No fue fácil enfrentarte a la homosexualidad de tu marido y lo resolviste con mucha altura y con mucha clase. Salvaguardando el interés de tus hijas...-

- Eso si es verdad – terció Rocío – tuviste el valor de tomar el toro por los cuernos y ¿ves? Puedes hablar de ello sin vergüenza alguna y sin remordimientos. Te asumiste tal cual y te superaste con creces...-

- ¡Coño! Ahora lo reconoces ¿no? ¿Es porque esta Luis delante? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Hice lo que tenía que hacer y ya está. Ni es heroísmo ni ostias. Abrí los ojos y actué en consecuencia. Lo mandé de paseo como se merecía y hablé con mis hijas. Eso es todo. -

- No todas las mujeres pueden hacer eso Ana – insistí para apaciguarla – y tú lo hiciste con lucidez y cordura, demostrando tu gran madurez... -

- ¡Anda tu ¡- me interrumpió Ana- Ahora resulta que mandar a la mierda al padre de mis hijas es un acto de cordura. Lo que tuve fue lo suficientes ovarios para solucionar la situación pensando en mis hijas y, sobre todo, sin el apoyo financiero y, tengo que reconocerlo, sin tu apoyo directo – dijo dirigiéndose a Rocío – no lo hubiera podido hacer. De modo que déjate de tonterías sobre que no todas las mujeres lo pueden hacer. ¡Pues claro que no lo pueden hacer si no tienen respaldo económico y dependen del puto marido que tengan! Tus palabras no me consuelan... -

- ¡Ay! Ana querida, deja ya tus resquemores -insistí – vamos a pasar la velada más tranquila y hablemos de otra cosa. Me tenéis intrigado con las historias que me habéis prometido... –

- Bueno, pues eso es otra cosa que pensamos las dos... - dijo Ana

- Que pensaste tu y que yo complementé – dijo Rocío

- Da igual. Las dos montamos esto y ya está ¿Vale? Pero para que veas que no somos rencorosas con este pueblo, las historias las van a contar las mismas personas que la sufrieron... -

- ¡Pero qué dices ¡- dije asombrado - ¿has convencido a las personas que cuenten sus miserias personalmente...? –

- Bueno miserias, miserias... no son tantas. Son historias curiosas – replicó Rocío

- Ya lo verás. Te van a gustar, te lo prometo – dijo Ana en actitud más calmada.

- A propósito -dije - ¿Dónde están vuestras parejas?

- Les dimos vacaciones – dijo Ana – no queremos que interfieran en estas historias ni que se enteren que estas publicando lo que te contamos... -

- Mejor estamos contigo y podemos hablar sin tapujos – terció Rocío – con ellos no queremos ser tan francas. Nunca se sabe... -

- ¡Joder chicas! Seguíis siendo guerreras e independientes... -

- Eso siempre – dijeron las dos al unísono.

Maruja y Juan

Maruja llegó temprano. Se había comprometido a preparar cachopos, plato típico de su tierra asturiana y que, según las mellizas, quedaba de rechupete. Juan llegó más tarde cuando ya estábamos saboreando un Vega Sicilia. Los dos trabajaban en la conservera desde hace tiempo y más que empleados y patronas, se comportaban como buenos amigos. Es lo que hace la convivencia pueblerina. No sé si fue por el buen vino o el mejor ambiente, pero conectamos de inmediato. Era muy fácil encontrar simpatía frente a las extrovertidas personalidades de Maruja y Juan. ¡Que seres más maravillosos!

- ¿Cómo os conocisteis? – dije para empezar cuando nos sentamos a la mesa.

- ¡Uy! que rápido quieres comenzar – dijo Maruja con una gran sonrisa – pero primero prueba ese cachopo y ya me contarás...-

La verdad es que la deliciosa combinación de la carne empanada, con el jamón y queso, envuelto en la deleitosa salsa, fue un bocado extraordinario que completó el sabor del buen vino que tomábamos.

- ¡Madre mía! ¡Qué maravilla! – exclamé con pasión. -Lo había comido en Oviedo, pero esto es otra cosa... -

- ¡Pues claro que es diferente! Es receta de Mieres y ahí los hacemos de otra manera. -

El resto de la cena transcurrió agradablemente, aunque no se tocó nada de la historia. Solamente en la tertulia, de nuevo al pie de la chimenea y con una copa de brandy de Jerez, Maruja empezó a hablar.

- Nos conocimos de adolescentes. Nos encontramos en un campamento de verano en Segovia. Yo venía de Asturias y Juan de Toledo.

- Mis padres no estaban por la labor de dejarme ir - dijo Juan- Siempre fueron una familia tradicionalista y católica y eso de los campamentos no lo llevaban muy bien. Les convenció el que viajáramos varios amigos del instituto.

- En cambio, mi familia quería que saliera. Que me formara conociendo gente de otras partes. – dijo Maruja – También fuimos con amigas del instituto. El hecho fue que nos conocimos y nos enamoramos perdidamente...

- La verdad – terció Juan – es que fui yo quien, al verla por primera vez, permanecí en choque. No sé qué me paso, pero quedé atontado y no me atreví a hablarle la primera vez. Sobre todo, que se protegían entre las chicas y siempre andaban en grupo. -
- ¡Pues si! Nos habíamos prometido estar juntas por el temor a lo desconocido. Lo que recuerdo es que yo también me quedé tocada cuando lo vi. No sé si por la actitud de embobado que tenía Juan al mirarme o porque me gustó. Pero de ahí en adelante no nos quitamos el ojo. Siempre nos buscábamos y en las actividades propuestas por los monitores, nos la arreglábamos para coincidir. -
- Fue tirando al arco cuando me atreví a hablarle. – dijo Juan – ella no tenía fuerza para tensar el arco y entonces me acerqué y le estuve explicando cómo hacerlo. Ahí ya nos presentamos y empezamos a hablar... -
- ¡Ja, ja...! – se rio de buena gana Maruja – Eso fue lo que le hice creer. La chica débil que necesita del macho para ayudarla. Era la única manera que encontré para hablarle y ¡funcionó! Empezamos a cogernos de la mano y a morrearnos a escondidas. Yo era mucho más libre y menos timorata. Él y sus amigos asistían a misa los domingos mientras que nosotros pasábamos de religión y de ostias. Claro que habíamos sido bautizadas y habíamos hecho la primera comunión. Pero eso era todo. Ni yo, ni mis amigas asturianas fuimos religiosas y nuestras familias tampoco. Pero él venía de una familia camandulera... -
- Mi familia siempre fue de rezo en familia y cumplimiento de todas las obligaciones religiosas. Así me criaron. Y por eso comenzó nuestra historia triste -
- Bueno, en realidad, después del Campamento de Segovia, nos seguimos escribiendo y hablando por teléfono. Hablábamos de amor y de novios. Nos prometimos que debíamos encontrarnos en algún sitio. Y así fueron pasando los años que nos faltaban para terminar la secundaria. -
- Entonces, resolvimos que deberíamos estudiar en Madrid. Nuestras familias tenían recursos para mantenernos y ambos decidimos que teníamos que sacar buenas notas para que nos admitieran en la misma universidad. Y así fue. Ella estudió enfermería y yo empresariales en la Complutense. Empezamos a vivir juntos, primero a espaldas de nuestras familias, pero después, aunque la mía por lo menos, lo sospechaba, lo dejaba pasar...-
- En cambio la mía lo supo y solo me preguntaron que si lo quería y era feliz. Les dije que era el hombre de mi vida y no veía mi vida sin él. Me dieron su aprobación e incluso, me pidieron que lo llevara de vacaciones. Terminamos nuestras carreras y empezamos a trabajar. Nos buscamos un piso mejor y como todas las parejas, empezamos a ser felices juntos, a salir con amigos y vivir nuestra vida. Y entonces, quede preñada. No lo buscamos, pero llegó y fue lo más bello que nos pudo suceder. Aunque nunca nos imaginamos lo que vendría después. -
- Mi familia quedó encantada con el embarazo – continuo Maruja – incluso mi madre empezó a hacer planes para venirse a Madrid para ayudarnos cuando naciera el bebé. En cambio, su familia... -
- Mi familia – interrumpió Juan – llevaba muy mal que viviéramos juntos en pareja. Eso estaba en contra de sus sagrados principios. Pero que fuéramos a tener un hijo sin casarnos por la Iglesia, superaba con creces todas sus expectativas. Empezaron a darnos la vara para que nos casáramos. Llegaron a chantajearnos con un piso a nuestro nombre si lo hacíamos. -
- La verdad es que nos lo pensamos con lo de tener un piso a nuestro nombre. Pero éramos jóvenes y pesaba más nuestros ideales que cumplir con reglas que nos parecían obsoletas y ultracon-

servadoras. De modo que decidimos no hacerlo. Lo que nos trajo el alejamiento de su familia. Tuvimos un niño precioso, completamente sano y lo inscribimos en el Registro Civil sin problemas. El no bautizarlo ocasionó el casi rompimiento total con la familia de Juan... -

- La verdad es que yo llevaba muy mal el alejamiento de mi familia. Todavía me pesaban tantos años de adoctrinamiento religiosos y tenía un sentimiento de culpa, de estar faltando a sus enseñanzas. Mi madre me decía llorando que rezaba por mi para que regresara al redil. Fue un chantaje emocional que casi no podía soportar. Entonces hablé con ella - dijo señalando a Maruja - y le confesé todos los sentimientos encontrados que tenía dentro de mí...-

- Me lo confesó llorando y eso me llegó al alma. Le dije que nos casáramos por la Iglesia y que bautizáramos al niño. ¡Qué más nos daba! En mi interior sabía que solo se trataba de cumplir con un compromiso cultural. Y si eso calmaba a Juan en su infierno interior, yo no tendría problema alguno. Mi familia tampoco.

- Cuando se lo comunique a mi madre, lloró de nuevo, pero esta vez de emoción. Era como si el bien hubiera triunfado sobre el mal. Que sus oraciones me habían llevado por el buen camino y volvía al redil como el hijo pródigo. Me dijo que no me preocupara de nada. Que ella se encargaba de todo y que nos casaríamos en la Catedral de Toledo pues el Obispo era su íntimo amigo... -

- ¡Joder con tu madre! – salto Rocío que hasta el momento ella y Ana habían estado calladas escuchando atentamente – La gran puta te tenía agarrado de los cojones. ¿¡Cómo se lo permitiste, coño...!?

- ¡Cállate ya! – le recriminó Ana – deja que continúen...-

- Pues tantos años de adoctrinamiento es lo que hacen Rocío – dijo Juan – Pero fueron las ganas de salvarme del infierno de mi madre las que ocasionaron otro infierno. Lo que se nos vino encima... -

- Yo sabía desde siempre – continuo Maruja – que era adoptada. Mi familia nunca me ocultó que a mis tres años me adoptaron y asumí los apellidos de mis nuevos padres. Mis padres biológicos habían muerto en un accidente, según la versión que les habían dado, y sin parientes, me dieron en adopción y tuve la suerte de tener la familia que tengo. Nunca tuve problemas por eso. Resulta que el Obispo de Toledo exigía la partida de bautismo original y esa nadie sabía dónde estaba. Finalmente la encontramos en una parroquia de Zamora y supe que era hija de Dolores M, madre soltera de 19 años. De ella nunca supe nada más. Pero si supimos que las monjas que la ayudaron a parir, habían sido procesadas porque a todas las chicas solteras que llegaban embarazadas, les decían que sus hijos habían muerto, mientras entregaban a los bebés a la beneficencia cristiana para ser adoptados por familias que pagaran por ello. Ese fue mi caso. Estuve cerca de tres años en el orfanato de Zamora hasta que mi familia asturiana me adoptó. En el juicio que las condenaron, decían que lo hacían en beneficio del niño, para que tuvieran mejor porvenir que en manos de madres descarriadas.

- ¡¡Que hijas de putas!! - exclamamos las mellizas y yo al mismo tiempo. - Recuerdo que ese juicio salió en la prensa y condenaron también al médico que las acolitaba. –

- Sí así fue – dijo Juan – pero también decidieron que por respeto a los niños que ya eran adultos, no se rebelarían los datos, excepto que los interesados lo pidieran expresamente. Pero aquí

viene la parte de la historia que me pertenece. Resulta que yo también fui adoptado. Mis padres me lo ocultaron y siempre crecí con el convencimiento de que ellos eran mis padres biológicos. La exigencia del amigo Obispo de mi madre, les obligó a confesarme que me habían adoptado cuando tenía un año. De modo que, en la búsqueda de la partida original de mi bautismo, caímos en el mismo orfanato que Maruja. Y de ahí, a la misma parroquia y la gran sorpresa de mi partida bautismal: era hijo de Dolores M. madre soltera y había nacido el mismo día y a la misma hora que Maruja. ¡¡¡Éramos hermanos mellizos!!! Por eso nos atraíamos tanto desde el primer momento en que nos vimos.

- ¡Madre del amor hermoso, pero que lío es este! – exclamo Ana mientras su mano cerraba mi boca abierta. – Nunca nos lo habíais contado de esa manera. Nos dijisteis que erais hermanos, pero no mellizos como nosotras... -

- ¡Y qué más da! – dijo Rocío – Déjalos que cuenten lo que vino después y por qué se trasladaron a nuestro pueblo...-

- Cuando mi madre se enteró de la situación - continuo Juan – tuvo un ataque de histeria. Un verdadero ataque que pensé que estaba volviéndose loca. Toda su preocupación era el infierno que nos esperaba y el desprecio del Obispo que, al conocer la historia, anuló todos los preparativos de la boda y, además, exigió que debíamos separarnos y pedir un perdón papal por el gran pecado cometido. Según ellos, si seguíamos juntos éramos hermanos depravados... –

- ¡Que asquerosidad de gente! – exclamo Ana

- Al contrario de mi familia – dijo Maruja – se preocuparon muchísimo. Pero lo primero que nos pidieron y nos ayudaron, fue un examen médico en profundidad para saber si nuestro hijo estaba en perfecto estado. Los exámenes resultaron magníficos y los médicos nos manifestaron que no habría ningún problema si queríamos tener más descendencia... -

- De modo que la desconexión con mi familia fue total – dijo Juan – Seguimos nuestra vida como si nada hubiera pasado. Nos casamos por lo civil pues legalmente teníamos apellidos diferentes. Tuvimos una hija. Y nuestra vida transcurría tranquilamente.

- ¿Puedo haceros una pregunta? – dije yo - ¿Cómo asumisteis vosotros mismos, en vuestro interior, ese descubrimiento? -

- Para nosotros no fue ningún problema – contestó Maruja – nos queríamos, éramos una pareja infinitamente enamorada el uno del otro. –

- Jamás ese descubrimiento nos alteró, ni cambió nada de nuestros planes – continuo Juan - Pero a pesar de todo, teníamos un problema jurídico en nuestras cabezas. Según el abogado que consultamos, a pesar de que el incesto dejó de ser delito con la nueva democracia española, el Código Civil sigue prohibiendo el casamiento entre hermanos. Y eso si nos mortificaba, pero un problema menor. Nadie tenía porque enterarse. -

- Pero todo se complicó por la publicidad que recibió el juicio a las podridas monjas que nos vendieron – dijo Maruja recogiendo el pelo – una periodista sensacionalista empezó a buscar a todos los bebés vendidos y a entrevistarlos para la TV. No sé cómo dio con nosotros, pero a pesar de que no quisimos hablar con ella y que el abogado contratado le prohibió hablar de nosotros, la gran perra ventiló nuestro caso porque decía que era un notición, una gran audiencia... -

- La publicidad que trajo su reportaje nos ocasionó un trauma en nuestra familia. Otros periodistas querían hablar con nosotros. Televisiones del mundo entero nos proponían contratos fabulosos para contar nuestra historia. Nos negamos en redondo. Nos teníamos a nosotros mismos para apoyarnos. Nos criticaban porque habíamos decidido tener hijos. Algunos amigos se alejaron, pero la gran mayoría nos cobijó y algunos nos prestaron sus casas para alejarnos de la jauría de periodistas mierderos que nos perseguían... -

- Y entonces, nuestros hijos empezaron a sufrir por nuestra culpa – Maruja retorció sus manos. Juan se le acercó y empezó a besarla con mucha ternura – Cuando sus compañeros en el colegio se enteraron, empezaron a burlarse de ellos. A veces mi hijo llegaba con moratones por pelearse con los otros. A mi hija la segregaban en las invitaciones a fiesta de sus compañeras. La falta de tacto de los profesores y los insultos de sus compañeros, amargaron la vida de nuestros hijos.

- Fue entonces cuando decidimos huir de todo. Pensamos irnos a otro país. Teníamos buenos trabajos en Madrid, pero no nos importaba abandonarlos y trabajar de friega platos en Alemania o Francia o donde fuera. Queríamos salir del brutal infierno en que se habían convertido nuestras vidas... -

- Pero de pronto, me llegó una oferta de trabajo de este pueblo. No tengo puñetera idea de quien dio mi nombre. Lo que sé es que el trabajo me convenía y estaba bien pagado. Hablé con la agencia intermediaria y la primera vez que hablé con Rocío y Ana, conectamos de inmediato... -

- Así fue – dijo Rocío – necesitábamos un administrador de confianza y desde ese momento supimos que era él. Cuando conocimos a Maruja fue un “coup de coeur” como dicen los franceses. Había algo en ellos que nos hacía falta... -

- Para mí fue algo tremendo – terció Ana – soy supersticiosa y todos los signos externos me estaban anunciando que algo bueno nos iba a suceder. Y así fue. Somos amigos inseparables. Y es verdad, sus presencias complementaron nuestras vidas. –

- Pero hay algo que no acabo de entender – dije mientras veía por la ventana que estaba amaneciendo – Llegasteis a este pueblo. Os habéis adaptado y recuperado la calma y se os ve felices. ¿Por qué diablos queréis contar esta historia? ¿Queréis complacer a Ana o a Rocío o ambas a la vez? ¿No tenéis miedo de esto vuelva a saltar? -

- ¡He! ¡Listillo! – saltaron de inmediato las mellizas – No te pases. Nosotras no hemos pedido nada. Fueron ellos los que quisieron... -

Juan y Maruja se miraron con complicidad, riendo mientras se miraban.

- Anda. Díselo tu – le dijo ella a él

- Vale – dijo Juan – Mira Luis, cuando empezaste a contar las historias de Ana y Rocío, ellas empezaron a comentarla con nosotros. Nos quedamos admirados de como asumieron sus vidas pasadas. La tranquilidad y el deleite que sentían fue enorme. Era como si se quitaban un peso de encima y que ya nada les podía hacer daño. Estaban por encima de todo y se gustaban tal como eran. Cada historia tuya la complementaban con anécdotas mucho más fuertes y a veces, vergonzantes, pero asumiéndolas a carcajadas. ¡Las veladas maravillosas que nos hemos pasado a costa de tus escritos!

- Fue en una noche de esas que dije ¡Anda que si contamos la nuestra – ¿Y por qué no lo hacemos? Total. A estas alturas nadie nos podrá hacer daño. Nos sentimos protegidos entre nosotros.

78 Somos tres hermanas y un hermano y ni un puto periodista de mierda volverá a amargarnos la vida. ¡Estamos unidos y somos felices!

Todos nos miramos y nos abrazamos y nos besamos y volvimos a beber y vimos el amanecer juntos, entrelazados. Confieso que alguna lágrima tuve.

Juana y la Bicicleta

Llegamos muy temprano a la cita y cuando nos vio entrar, se levantó muy ágil y, antes de que me presentara, me saludo con dos besos bien sonados al mismo tiempo que me decía “Tú eres Luis, ¿no?” No esperó respuesta. Simplemente nos arrastró al rincón de la cafetería que había escogido para nuestra entrevista.

- Así es ella – me dijo Ana – todo nervio y toda resolutiva. ¿Nosotras no tenemos derecho a besos, so pendona...? -

- Anda sentaos, que a vosotras os veo a menudo...- respondió con una gran sonrisa que mostraba unos dientes perfectos y blancos. Tenía un cuerpo bien moldeado y una cabellera rubia bien arreglada. Se veía a lo lejos que se cuidaba bastante y, a sus cincuenta y pocos años, mantenía una figura muy atractiva.

Pedimos bebidas y algo de picar. Observé que el rincón estaba bien seleccionado. Una especie de apartado que no tenía vecinos de mesa inoportunos que pudieran escuchar nuestra conversación.

Habíamos conducido como treinta minutos por la comarcal y llegamos a esta gran cafetería-restaurant, que también era hotel de carretera, situado en el área de descanso de la ruta nacional. Al bajar del coche, pregunté por el lugar extraño para una cita de amigos. Rocío me respondió que para Juana no era extraño y muy seguramente estaría durmiendo en ese hotel.

Después de hablar de banalidades, del tiempo, de las cosechas y ponerse al día de los últimos chismes, Juana planto cara.

- Bueno, ¿qué? ¿Os cuento mi vida, cotillas...?

- ¡He! Que nadie te obliga nada – saltó Ana – tú te ofreciste voluntaria... -

- No le hagas caso - terció Rocío – Esta lenguaza se cuenta sola. Ya no le hacen mella los comentarios del pueblo. -

- Ja, ja. A esos me los paso por el forro. A todos que los folle un pez. -

Juana nació en un pueblo secundario de la Provincia. Hija del panadero, tuvo una vida parroquial y aldeana moldeada en tanto años de dictadura. Su familia venía de una formación franquista en donde las mujeres fueron obligadas a ser madres y esposas y nada más. Fueron educadas para cuidar a sus maridos e hijos y tratar de

sobrevivir, a duras penas, al hambre atroz y el racionamiento inclemente de la posguerra. El adoctrinamiento católico y el sometimiento a los preceptos de la Iglesia, no se ponían en duda y aquellas, que, por alguna razón, infligían alguna de esas reglas cristianas, el cura del pueblo les imponía un castigo ignoble: el silencio forzoso. Nadie del pueblo podía hablar con ella bajo pena de excomunión.

Pese a que la democracia española se restableció en los años ochenta, la ideología franquista perduró mucho tiempo en la mentalidad de las antiguas generaciones y en las costumbres y reglas que continuaron permeando la mentalidad de las generaciones siguientes. Juana se crio en la época de la transición democrática y en aquella época, todas las chicas que querían tener una carrera profesional y salir del pueblo, solo aspiraban a estudiar en la Escuela Universitaria del Profesorado y luego optar a un puesto de Maestra. Fue lo que hizo. Se fue a estudiar a Salamanca, la universidad más cercana. En la residencia de estudiantes (solo para señoritas), convivió con alguna vecina y otras tantas que huían, como ella, de sus pueblos perdidos.

- En ese entonces yo era muy ingenua y la verdad es que lo seguí siendo durante mucho tiempo. Demasiado tiempo... - comentaba Juana mientras su rostro se ensombrecía – pero dejemos eso por el momento – dijo lanzando un manotazo al aire como borrando los recuerdos.

- Pero cuando yo llegue a estudiar a Salamanca, todavía resonaba en sus muros una historia reciente que, aparentemente, todos debíamos olvidar. Resulta que en la cooperación internacional que mantenía la universidad, llegaron estudiantes cubanos inscritos en diferentes disciplinas, pero especialmente en medicina. Eran más negros que mulatos, pero su natural forma de ser alegres y festivos, se ganaron rápidamente la simpatía de las chicas pertenecientes a la burguesía salmantina. -

- ¡Anda tú! – dijo Rocío mirándome de reojo – Esa historia ya me la conozco. Las enamoraron a punta de boleros, Seguro... -

- ¡Déjala que continúe! – la calló Ana – Lo tuyo con el caribe ya lo conocemos

- Bueno, pues entre fiestas y fiestorros las cosas se pusieron al rojo vivo. El hecho es que cuando los cubanos se fueron, muchas de las chicas quedaron embarazadas. Algunas lograron casarse con su cubano, pero la gran mayoría, tuvieron que hacer matrimonios de conveniencia arreglado entre familias pudientes, rogando al cielo que los hijos no salieran demasiados “quemados”. Desde entonces, empezaron a prestar mucha atención a los chicos extranjeros.

- ¡Joder! Debió ser muy duro para todas ellas. – comentó Ana – Con la puta iglesia encima, el descredito lo tenían asegurado. -

- En nuestra residencia – continuó Juana - había una puertorriqueña, muy maja y muy guapa, que tenía la manía de estar siempre pendiente de mí. Cada vez que podía me metía mano y yo me quedaba quieta y asustada. No entendía. Nunca había tenido ninguna relación íntima con nadie. La verdad, en ese entonces ni me gustó ni me disgustó. Lo tomaba como una jugarreta. Hasta el día en que intentó verdaderamente tener sexo conmigo. ¡Salí despavorida y asustada!

- ¡Ja, Ja! Que tonta... – dijo Rocío – haberlo probado, por si acaso, digo yo... -

Todas las mujeres deseaban acabar sus carreras con el mejor puntaje posible para lograr el tal deseado puesto. Pero lo que natura no da, Salamanca no lo presta y Juana fue una de las afortunadas que obtuvo acceso directo a la docencia por tener un excelente expediente académico. A los diecinueve años comenzó su carrera de maestra rural yendo de pueblo en pueblo, por toda

la extensa geografía de la recién creada Comunidad de Castilla y León. A los veintidós años se casó con la pareja que, desde siempre, habían planificado sus familias del pueblo, con Pablo, el hijo del alcalde. Eran novios formales desde hace años y siempre estaban juntos en las fiestas estivales del pueblo. Pero, hasta la boda, al menos ella, seguía siendo virgen.

Al pasar las vacaciones, cada uno regresaba a sus puntos de trabajo porque Pablo era profesor de secundaria y al igual que ella, cada año lo desplazaban a diferentes institutos. Después de la boda, lograron tener un puesto fijo en Valladolid y se instalaron como Dios manda, con casa propia y bien amueblada gracias a la generosidad de sus respectivos padres. Empezaron a tener una vida familiar y a esperar que quedara encinta para completar la felicidad de todo matrimonio bien avenido. Pero el bebé se hizo esperar y mientras tanto, su padre murió en un accidente de carretera. Juana heredó un buen patrimonio inmobiliario, terrenos y una cuenta bancaria bien surtida. Para ella fue totalmente natural que Pablo asumiera la administración de su herencia. Eran el uno para el otro.

A los treinta y cuatro años le llegó su primera desgracia. Por un aviso de bomba, la policía y los bomberos desalojaron la escuela y enviaron a todo el mundo a casa. Al llegar a su domicilio, descubrió a su querido marido haciéndolo con su mejor amigo, con Jorge, el mejor amigo de ambos.

- Estaban tan concentrados en la labor, que ni siquiera me escucharon llegar. Los encontré engrapados gozando como locos. – y Juana se reía como si no fuera ella quien contaba la historia.

- ¡Joder tía! Que espectáculo – dijo Ana mientras Rocío reía - Pero ¿qué hiciste? ¿Cómo reaccionaste? -

- Bueno, en su momento, me quedé sin habla. Me quede con los ojos despavoridos mirándolos desnudos. No pensaba nada. No sabía que pensar. Me vinieron a la mente todos aquellos momentos en que los dos salían de caza los fines de semana o se iban a la capital a ver partidos del Real Madrid. En el pueblo siempre andaban juntos. Nunca lo hubiera imaginado.

- ¡Madre mía! Que cabrones – intervino Rocío – pero entonces ¿qué pasó después?

– Mientras los miraba, yo, estacionada en la puerta de la habitación, de nuestro cuarto matrimonial, con la mano en el pomo de la puerta, me di cuenta que me dolía ver el espectáculo, pero al mismo tiempo, no sentía celos. No había nada de amor en los reproches que yo pudiera hacerle.

Yo giraba el pomo de la puerta nerviosamente, pero no decía nada. Solo los miraba. Ellos tampoco decían nada. Me miraban sorprendidos, pero callaban. En un momento, cerré la puerta y bajé al salón. De pronto, todo mi mundo se vino abajo. Toda la estabilidad en la que se basaba mi vida, ya no existía. Pensé en mi familia, en el pueblo, en el qué dirán. –

- Todos los prejuicios y valores morales se amontonaron y quedé petrificada. Pero algo me quedó claro en ese momento. Todo el dolor que sentía en ese instante no incluía amor. No sentía amor por mi marido. De pronto, descubrí que lo que sentía por Pablo no era amor de verdad. No sé qué era. Pero verlo con otro hombre, con nuestro mejor amigo, solo me producía compasión por ellos. -

- Cuando bajaron los dos con caras compungidas y empezaron a dibujar un discurso de justificación, no los deje hablar. Ya había tomado una decisión. Les dije que siguieran con sus vidas, que yo haría la mía. Que de todas maneras nos quedaba la amistad. Que ya pensaríamos en el

divorcio si fuera necesario. Pero que, por el momento, era mejor que no me hablaran y me dejaran sola. -

- Así lo hicieron. Se fueron a vivir juntos. Comprendí que para Pablo (como para mí, también), nuestras familias habían decidido por nosotros y nosotros habíamos cedido a lo que querían ellos. Pero siempre habíamos sido amigos y siempre se había comportado como tal durante nuestra convivencia. No tenía ninguna queja en ese sentido. Siempre fue responsable. De modo que, aunque no estuviera juntos, no debería dudar de su lealtad hacia mí. Y no hice nada, absolutamente nada, en contra de sus intereses.

- Mi autoestima cayó por los suelos. Me sentía acobardada. Hacía mi trabajo mecánicamente, pero poco a poco, al pasar de los meses, me hundía en la desesperación. En un tobogán de angustia permanente, de depresión continua. Empecé a tener graves trastornos en mi pensamiento y en la forma de comportarme. Me estaba autodestruyendo. Me estaba volviendo loca. Los médicos me dieron la baja. Estuve encerrada en casa varios días. Estando en ese estado, me llegó mi segunda desgracia. -

- Una noche llegó Pablo a casa completamente desquiciado. Había pasado más o menos un año de nuestra separación. Me miraba y lloraba. Me miraba y se tiraba al suelo sin decirme nada. No sé cómo tuve fuerza de abofetearlo y hacer que volviera en sí. Empezó a pedirme perdón de rodillas. A decirme que era un miserable, un canalla, un imbécil y muchas otras cosas degradantes. Para abreviar. Jorge, su amante, nuestro mejor amigo, resultó ser la persona más cruel, malvada y manipuladora del mundo. Jugó con Pablo como si se tratara de un muñeco. Lo utilizó de tal forma que le obligó a vender toda mi herencia y la suya para una increíble inversión inmobiliaria. Incluso vendió la casa en la que estábamos. Mi casa. Cuando tuvo la liquidez en sus manos, desapareció. Se fue. Lo abandonó y no se sabe adónde fue a parar. Seguramente a Brasil. La realidad es que estábamos arruinados. No teníamos nada. No nos quedaba nada. Había vaciado hasta mi cuenta personal con el poder que tenía Pablo y que nunca anulé en el banco. Ni donde dormir teníamos, porque la casa había que entregarla en tres días. Entonces me enloquecí. Llegue a mi límite. Entre más lo miraba, más lo odiaba y más me odiaba, me detestaba. Empecé a sentir náuseas, asco de mí misma. -

- Le había dado un fuerte calmante y se quedó dormido en el sofá. Pasé toda la noche frente a él y decidí que mi vida no valía nada. No tenía ganas de seguir viviendo. Al amanecer tenía la firme resolución de quitarme la vida. Fui al armario donde guardaba las armas de caza y cargué dos cartuchos en la escopeta y acomodé el cañón contra mi barbilla mientras intentaba alcanzar el gatillo para dispararme. No era fácil. Y entonces pasó un ángel por la habitación. No sé qué diablos sucedió, pero en el instante en que por fin había adoptado la buena posición para el disparo, vi con claridad que no era yo quien debía desaparecer. Yo no había hecho nada malo. Que no era yo la culpable de toda esta desgracia. ¡ERA EL! Ese desgraciado personaje que se encontraba en el sofá. Ese guiñapo humano, era ese miserable de mierda quien debía morir. Y en un ataque de furia, disparé los dos cartuchos y volví a cargar y volví a disparar. Tiré la escopeta al suelo, agarré mi bolso y me subí al coche y me fui dejando la puerta abierta de la casa. Necesitaba dejarla abierta. No sé por qué. Pero era absolutamente necesaria que esa puerta quedara abierta. Cosas de una loca. -

- Ese día conduje hasta que se me acabó la gasolina. Hui por carreteras secundarias, sin rumbo

fijo. En la frontera con Portugal me quede seca. Me estacioné en el arcén y me quedé profundamente dormida. -

Hasta ese momento, todos la habíamos escuchado en silencio. Sobrecogidos por el relato de Juana. Con esa voz de maestra que contaba un episodio de historia patria. Con una entonación singular que nos atrapaba. Entonces, Rocío le cogió las manos y la miró directamente, haciendo la pregunta que todos teníamos en nuestra lengua:

- Pero... Juana, ¿lo mataste...? -

- ¡Que va! – contestó Juana riéndose a carcajadas – Disparé al aire. Me desahogue pensando que lo hacía. Pero lo asesiné en mi interior. Nunca más supe de él. Nunca más quise saber nada de nada. Lo borré de mi mente. Empecé de cero mi vida. -

- ¡Uff! – exclamamos todos - ¡Menos mal! -

Juana resucitó. Volvió de entre los muertos. La rabia inmensa que tuvo le dio la fuerza precisa para cambiar su vida. Dejó de culpabilizarse. Pasó olímpicamente de culpabilizar a nadie de su suerte y se centró en recomponer su mundo. Estaba en baja médica y recibía normalmente su salario. Solicitó traslado de plaza y logró una en un municipio cercano a Madrid. Desde entonces, empezó a vivir en hoteles. Pronto descubrió que en algunos se podía negociar precios por largas temporadas. Y que esos precios de larga temporada eran más baratos en los hoteles de carretera que se mantenían vacíos la mayor parte del tiempo. Se volvió profesional en negociar sus estancias.

Precisamente, en uno de esos hoteles conoció a un joven camionero que la confundió con una prostituta y ella, no lo sacó de su error. Llevaba dieciocho meses desde el “incidente” y se sentía mucho mejor. Había vuelto a sonreír y empezaba a gustarse de nuevo. De modo que cuando el joven camionero empezó a flirtear con ella en el restaurante del hotel, lo dejó estar y subió con él a su cuarto. Lo que recuerda es que esa “primera vez” se lo pasó muy bien, tan bien que fue el primer orgasmo que tuvo en su vida y luego volvió a tenerlo porque follaron toda la noche. Cuando se fue el camionero, se quedó satisfecha de su ejercicio sexual. Tanto, que la noche siguiente busco otra pareja y así durante un mes. Conoció su cuerpo y perfeccionó su técnica para encontrar mayor placer. Y lo logró. De la noche a la mañana, se descubrió ninfómana. Le gustaba el sexo. Le fascinaba y, además, aprendió a escoger parejas y a manipular las tonterías de los machos, haciéndolos pasar por expertos seductores, cuando era ella quien los seleccionaba. Comenzó a cuidarse, a ir al gimnasio y vestirse a la moda. A ser provocativa. Lo que le aumentaba las posibilidades de encuentros ocasionales. Sus compañeros de la escuela, padres de familias, solteros, casados, separados o divorciados. Las edades no importaban siempre que fueran mayores de edad.

Su nuevo pasatiempo favorito le trajo un nuevo problema. La gente de su alrededor le pusieron un apodo. La llamaron “la bicicleta” porque todo el mundo la montaba. Pero a ella le daba igual. Se reía del sobrenombre. Los hombres siempre contaban con ella para cualquier fiesta o salida de fin de semana, pero también, un grupo de compañeras. Se asombró de encontrar una buena cantidad de chicas a quienes les encantaba el sexo por el sexo y sabían divertirse. Su mundo se recompuso y encontró la felicidad en los encuentros ocasionales, en las orgías en que participaba y en mandar a la mierda y cortar rápido cuando alguien quería mantener con ella una relación estable. Solo se permitía enamorarse por unas horas, una noche como máximo.

- ¿Y nunca tuviste varias relaciones con una misma persona? – pregunto Rocío – Yo tuve muchas relaciones, pero siempre me enamoraba de ellas. Duraban meses o años, y de pronto, encontraba o bien defecto que me desilusionaba o bien, me enamoraba de otra. Y entonces cortaba. -

- ¡Oh! Claro que sí. – dijo Juana – Llegue a establecer un calendario de encuentros porque los tíos siempre querían volver a estar. Pero si les noto que empiezan a encapricharse conmigo, corto de inmediato. No admito reproches, ni celos, ni reclamaciones gilipollescas. Eso lo saben los pocos amigos con quienes mantengo relaciones más o menos permanentes. Pero esas amistades necesitan tener algo más que pene. También necesitan cerebro. Ser instruidas y saber conversar. Puedo acostarme con un tonto solo por su sexo. Pero me es imposible mantener una relación más allá si no tiene algo más. Con estos amigos permanentes nos hemos convertido en cómplices. Y así nos defendemos. -

- ¿Y cómo llegaste a nuestro pueblo? – preguntó Ana

- Mi fama de “bicicleta” me persiguió hasta los sitios que me asignaban. Muchas madres de alumnos temían por sus maridos y me vigilaban muy de cerca. Conspiraban en mi contra y a veces lograban que me trasladaran. Aburrida de desplazarme por la geografía, decidí pedir plaza fija en un pueblo que nadie quería. Así llegue a vuestro pueblo. Al principio tuve un perfil bajo. Cuando quería algo, me desplazaba a los municipios grandes. Hacía treinta y cuarenta kilómetros para buscar mis presas. O me iba de fin de semana con mis antiguas compañeras y mis amigos. Pero la fama es la fama. Y después de dos años, la gente empezó a murmurar a mis espaldas. Algunas madres más lanzadas, me abordaron rogándome que no tocara a sus maridos. Pero otras, en plan de broma, me pidieron lo contrario. Querían quitárselos de encima. Algunas más, me pedían que las llevara en mis correrías. Lola, la modista, me pidió que, por favor, desvirgara a su hijo de treinta cinco años. En fin. La fauna pueblerina es increíble. Menos mal que os encontré a vosotras que sois un oasis. Pero decidí por principio, que no tendría ningún encuentro con nadie del pueblo. Con nadie y lo he mantenido.

- Hay una pregunta que me ronda – dije yo - ¿Volviste a ver a Pablo? ¿Has sabido algo de él? ¿No lo encuentras en el pueblo? -

- ¡Ay! Luis. Siento decepcionarte. Yo lo “asesiné” de verdad. Lo suprimí de mi mente, de mi mundo, de mis recuerdos, de todo. No me acuerdo de mi vida con él. Me importa una mierda que ha sido de su vida y si por casualidad me lo encontrara, pasaría de largo. No lo reconocería. Y en cuanto al pueblo, Jorge me lo robó también. No tengo nada. Las tierras, la casa paterna, todo desapareció. No he vuelto desde entonces. ¿Para qué? Soy feliz como soy y no tengo ninguna intención de amargarme la vida con recuerdos y explicaciones con vecinos que solo les interesa el morbo de tu vida. Así sobrellevan las miserias de sus propias vidas. Paso de toda esa basura. Así me he vuelto. Así he encontrado mi bienestar.

Isabelle

Isabelle llegó por la tarde. Se le notaba cansada y lo primero que pidió fue una copa de vino, que Ana se apresuró a servirle de inmediato. Trabajaba como supervisora en la Conservera y según contó, habían tenido un problema en la producción, combinado con la baja de mucho personal ocasionado por la pandemia.

- Tranquila mujer. Si hay que parar la fábrica, la paramos. – dijo Rocío – No tienes por qué matarte a trabajar supliendo a los demás. –

- Ya, ya. Pero ya tenéis muchos problemas manteniendo a todos los que han caído por el Covid – contestó Isabel – Habría que hablar con Juan para ver cómo podemos continuar. Las ventas han aumentado sobre todo las de internet.

- Bueno, eso lo hablaremos mañana. Ahora relájate y descansa – dijo Ana – Y si no quieres hablar, pues comemos algo y ya está. Aquí a nadie se obliga... –

- Por su puesto Ana – contestó – me relajo y cuento porque eso me ayuda precisamente a desconectar y hace ya tiempo que quiero soltar lo que tengo adentro.

Isa, como la llamaba todo el mundo, nació en París de una emigrante gallega. Con diecisiete años su madre emigró a Francia en los años sesenta, en pleno franquismo, al igual que millones de españoles que fueron incitados por el régimen a establecerse en los países europeos, como exportación de mano de obra barata. Las remesas de esos emigrantes forjaron la economía española de aquel entonces y de ellas vivieron muchas familias que solo contaban con esos ingresos para mantenerse en la España profunda.

Los emigrantes empezaron a aglutinarse en Iglesias y, bajo el cobijo de algún cura, se reunían los fines de semana a escuchar misa y a pasar el domingo. Los más concientizados, se reunían en las Asociaciones que los exilados republicanos habían creado después de la guerra civil. La madre de Isa a duras penas sabía leer y escribir y, además, hablaba perfectamente gallego pero un castellano mezclado que costaba entender lo que decía.

Venía de un pueblo interior de Galicia, poblado de supersticiones y unas reglas morales muy particulares, en donde la muerte por faltas cometidas era lo normal. Pese a las estrictas reglas cristianas impuestas por el fascismo, las mujeres mante-

nían una independencia en sus quehaceres personales. Los hijos de madres solteras eran comunes. Los campos se habían vaciado de varones que huían, en un principio a las Américas y después a Europa.

Su abuela se había casado con un chico del pueblo que, después de tres meses de convivencia, había emigrado a Argentina. El plan era establecerse, ahorrar y luego, venir por ella para viajar juntos. Aunque estuvo enviando dinero, el regreso del mozo se hizo esperar. Muchos más de lo previsto. Después de cinco años, su abuela tuvo a su madre y naturalmente, todo el mundo y la parroquia, asumieron que era hija de su marido. Nadie preguntó nada al igual que todos los demás hijos de emigrantes separados. Según contaba su madre, era costumbre que las esposas de los emigrados, guardaran un pantalón de su marido permanentemente en el lecho nupcial y lo usaban cuando tenían ganas. De esas uniones provenían los hijos que el cura declaraba legítimos en los bautizos.

- ¡Pero bueno! – saltó Rocío - ¡Que solución más guay! Así todo el mundo estaba contento. Hasta el cura que debía ser el padre de algunos, digo yo. ¿Pero qué decían los esposos ausentes?

- Cuando regresaban, asumían normalmente a sus “hijos” habido en su ausencia. Se los llevaban consigo cuando regresaban a sus tierras de emigración. Pero en el caso de mi abuela, su marido nunca regresó. Se supo que tuvo una nueva familia en Mendoza. Sin embargo, siguió enviando dinero durante casi ocho años. Mientras tanto, mi abuela se había “rejuntado” con Mariano, uno de los pastores del pueblo que siempre la estuvo rondando. Con él tuvieron al resto de sus hijos.

Su madre llegó primero a París después de dos días de viaje en autobús. Pero al día siguiente siguió viaje a Marsella con otras chicas más o menos de su edad. Necesitaban urgentemente empleadas de limpieza en varios hoteles. La red que las parroquias españolas mantenían en las grandes ciudades, se encargaba de buscarles trabajo a las recién llegadas. También las ayudaban a conseguir los papeles legales y aprender rudimentos del idioma. Ofrecían viviendas colectivas para mujeres y varones siempre que fueran separados. La Iglesia organizaba la emigración conjuntamente con las autoridades franquistas.

Con diecisiete años, la madre de Isa conoció un mundo completamente diferente. La arrancaron de cuajo del mundo mágico de su pueblo y la lanzaron a mundo donde solo contaba el trabajo, el duro trabajo diario. Eso era todo. Pero eso le gustaba. La misa del domingo y las tertulias de la tarde en la parroquia, le traían recuerdos del terruño. Durante tres años estuvo trabajando continuamente durante diez horas diarias, en los hoteles que la contrataban. Cinco horas en uno y cinco horas en otro. Con lo que ganaba, pagaba su habitación, su alimentación y le quedaba para enviar mensualmente una remesa a su madre en el pueblo.

Sucedió entonces, que, en el último año, conoció a un chico marroquí que trabajaba de albañil en una obra. Para ella era toda una novedad. Su rudimentario francés lo estuvo perfeccionando con él, pero el chico aprendió castellano mucho más rápido que ella el francés. Lo presentó en las tardes de la parroquia y todos lo aceptaron como uno más. Pero no el cura que fue el primero en comprender que el chico no era cristiano, sino musulmán. Poco a poco quiso que lo dejara. Incluso le buscó pareja entre los españoles. Pero la madre se había encaprichado con el moro. Entonces, como medida de presión, el cura la echo de la residencia comunitaria, lo que precipitó

que se fueran a vivir juntos y se instalaran en París.

- Mi madre me contaba que Hamid, mi padre, fue un hombre muy bueno, que la quería y cuidó de ella mientras pudo. Cuando se quedó embarazada de mi hermano, decidieron casarse y así lo hicieron por lo civil en el ayuntamiento. Pero entonces se creó una disyuntiva imbecil que las mentes simplonas de mis padres lo complicaron. Por un lado, la familia de él quería que se casaran siguiendo el rito islámico y, por el lado de ella, el puto cura de la parroquia que siempre estuvo pendiente, le exigió casarse por lo católico, el único matrimonio válido en España y el único que le permitía la salvación eterna.

El wali o el hombre santo que ejercía de guía en la mezquita, los convenció para realizar una ceremonia simple, con una sola condición: que mi madre hiciera un seminario de formación y guardara tres meses de abstinencia sexual, al término de la cual, se casarían.

- ¿Tres meses de abstinencia...? ¿Por qué coño tenía que hacerlo? - pregunto Ana.

- En la religión musulmana las mujeres deben demostrar que son puras antes de casarse. Se dividen en solteras vírgenes y no vírgenes, repudiadas y viudas. Para cada una de ellas, antes del casamiento, existe una ceremonia de "limpieza". Para ella, que no era virgen y estaba embarazada, debía demostrar, por múltiples pruebas, de que el hijo que iba a tener, era bien del contrayente. Pero viendo la ingenuidad de la pareja, decidió simplemente que estuviera tres meses sin contacto sexual y personal con el novio. Con eso cumplían con las reglas. Así lo hicieron y así se casaron. Nació el niño y luego me tuvieron a mí. Tanto mi hermano como yo fuimos a la maternal, al colegio y seguimos nuestros estudios en secundaria. A mi hermano, por ser hombre, le tocó seguir, además, las instrucciones religiosas del Corán. A escondidas, mi madre nos hablaba de la religión cristiana y, algunas veces, nos llevó a otra parroquia para que nos bautizaran. Así crecimos, en medio de una escuela laica y dos religiones que se contradecían en varias cosas. A mí me daba igual, siempre fui muy distante con la religión. Pero mi hermano sufrió un intenso adoctrinamiento que en su adolescencia lo transformó en un fanático.

Muchas veces fuimos de vacaciones a Galicia y a un pueblo en el centro de Marruecos. Tardábamos cuatro días en llegar al pueblo de nuestro padre y solo dos días en llegar al de nuestra madre. Nos acostumbramos a ir a Galicia por comodidad. En la frontera debíamos mostrar nuestros pasaportes franceses, español y marroquí. En uno de esos viajes, siendo ya adolescentes, a un guarda fronterizo le dio un ramalazo de exaltación franquista. Se quedó mirando los pasaportes y le dijo a mi madre que tenía que legalizar su matrimonio en España o de lo contrario, perdería la nacionalidad. Que no podía seguir con esa variedad. O ella y sus hijos eran españoles o no lo eran. Pero eso no podía seguir siendo así. La asustó mucho y nosotros no entendimos nada.

Cuando llegamos al pueblo, mi madre se puso en contacto con el cura que siempre resolvía los problemas. Y entonces todos nos enteramos de la realidad jurídica española. Los dos matrimonios de mi madre, el civil y el mahometano, eran nulos en España y lo que más le llegó al alma, nosotros éramos hijos ilegítimos. Resulta que, de acuerdo con el Concordato, todos los españoles tenían la obligación de contraer matrimonio católico, el único válido según el Vaticano. Todos los enlaces civiles o de otras religiones solo podían ser validados, si, y solamente si, el español o española, renunciaba expresamente a la religión católica y la Iglesia aceptaba, después de varias entrevistas, la acatolicidad de los contrayentes y autorizaba el matrimonio

civil. -

- ¡Hala! – dije yo – Te has guardado muy bien la palabra “acatolicidad”. Así lo definía el código civil de esa época. Parece increíble, pero hasta 1992 no reconocieron los matrimonios judíos, evangélicos y musulmanes. La legislación franquista penetró mucho tiempo la nueva democracia española. -

- Pero ¡joder! – dijo Rocío – cómo pudimos aguantar tanta imbecilidad. Es que no me lo creo. Nuestros padres tuvieron que protestar por todo esa mierda. -

- ¡Claro que lo hicieron! - dije – Tienes una canción preciosa que recuerda esa época. “Papá Cuéntame Otra Vez” de Ismael Serrano. Y otras más como las de Paco Ibáñez o Raimond. En fin, si queréis os cuento otro día más cosas sobre esa etapa. Pero ahora escuchemos a Isa. -

- Bueno, pues cuando nos enteramos que jurídicamente éramos parias, mi madre empezó a deprimirse y el puto cura con su cantinela de infierno y culpa, no ayudaba en nada. Se le alborotó el fanatismo a mi hermano y estuvo a punto de golpear al sacerdote. Acortamos nuestra estancia y volvimos antes de tiempo a París. Desde entonces nuestra vida no volvió a ser la misma. Mi madre empezó a obsesionarse con su historia española y quería por todos los medios corregir lo que ella consideraba una aberración. A veces se quedaba inmóvil, mirando por la ventana, hablando en gallego consigo misma. Después nos miraba con una tristeza inmensa. Empezó a acosar a mi padre, insistiéndole que debía convertirse al catolicismo para casarse por la Iglesia. Que, si ella hizo el sacrificio musulmán, él también tenía que hacerlo por ella. Mi hermano se enfadó y le pidió que los dejara en paz porque también a él lo perseguía constantemente.

No sé qué clase de tecla se le movió en la cabeza, pero mi madre empezó a tener ideas fijas y absurdas sobre el infierno, sobre el pecado y otros errores en el comportamiento religioso. Intentaba por todos los medios imponernos reglas absurdas que nunca nos habían preocupado. Como no le hacíamos caso, lloraba amargamente y nos amargaba la vida. A mí por ser mujer, quería imponerme una disciplina de monja mezclada con el Corán. ¡Vamos! Que poco a poco se fue desquiciando. Y entonces llegó el verdadero infierno.

Mi padre murió en un accidente laboral. Se desnucó al caer de un andamio. Y la única barrera de razón que quedaba en casa, desapareció. Mi madre comenzó a dar vueltas sobre sí misma, diciendo que era culpable de su muerte. Era como si algo por dentro de su cuerpo se hubiera erosionado, corrompido. A veces la encontrábamos tirada en el suelo gimiendo y diciendo que era un castigo del cielo. Que todos iríamos al infierno. El médico recetó pastillas diarias para calmarla.

La muerte de mi padre nos afectó a todos, pero especialmente a mi hermano, que para aquel entonces tenía dieciocho años, mayor de edad. Tuvo una fuerte discusión con mi madre por el ritual que debía seguirse para enterrarlo. La ley coránica exige que el cuerpo debe lavarse con perfumes especiales, siguiendo unas reglas particulares y lo deben hacer las personas del mismo sexo de la familia. A mi hermano le tocó hacer esa labor a la que se oponía mi madre. En el rito musulmán, el difunto es amortajado con una tela especial de algodón y enterrado sin ataúd, pero esto último está prohibido en Europa, de modo que los musulmanes lo aceptan bajo la condición que el cuerpo quede orientado hacia la Meca. Al cementerio solo pueden ir los hombres. Las mujeres deben quedarse en casa. Eso enloqueció aún más a mi madre.

Después del accidente, mi madre recibió una indemnización y una pensión permanente. Su

mente empezó a delirar, a tener alucinaciones con la presencia de mi padre, que le confirmaba que todo había sido un castigo de Dios por habernos separado del buen camino. Mi hermano sufrió un terrible choque. Cuando lo obligaron a lavar el cadáver y amortajarlo, no lo resistió. Algo se quebró dentro de él. No me comentó nada, pero yo sentí que no era el mismo. A veces se encerraba a vomitar.

Dejó de ir a la mezquita y empezó a frecuentar muy a menudo a los seguidores del PSG, el equipo de fútbol. Poco a poco integró los grupos de hooligans que se daban cita para golpearse con otros grupos. Necesitaba castigarse. A veces llegaba a casa completamente reventado y había que curarlo. Para ser breve. Mi hermano descendió a los infiernos y se convirtió en drogadicto viviendo con grupos de marginados. Dejó de estudiar, de trabajar y vivía haciendo trapi-cheos y pequeños robos para pagarse la droga. Robaba en casa. Se gastó gran parte de la indemnización recibida por mi madre y le quitaba el dinero de la pensión mensual. Los servicios sociales lo internaron en sitio de recuperación, pero se escapó. Vivía en la calle.

Yo seguí estudiando y me gradué en técnica de alimentos. Hice unas prácticas en Barcelona en un intercambio que me buscó la Escuela. Fue en ese periodo cuando me avisó mi madre que mi hermano había muerto de sobredosis, que tenía que regresar urgentemente. La encontré desquiciada. Tenía cuarenta y cinco años, y según los médicos que la trataron, tenía inicios de esquizofrenia con peligro de agravarse en el futuro. Cambiaba de carácter y se volvía violenta o se transformaba en santa, rezando y alucinando con visitas de mi padre y de mi hermano que le insistían que todo era castigo divino. Que yo, su hija, tenía que redimir a la familia y debía ser casta y seguir las reglas bíblicas. No podía celebrar cumpleaños y mucho menos la navidad pues todo eso era pecado. Me prohibía comer ciertos alimentos que tenían sangre y continuamente me citaba la Biblia. Fue así como me enteré que estaba integrada en un grupo de Testigos de Jehová y que hacía rato les había donado lo que le quedaba de la indemnización y le entregaba parte de la pensión mensual. Desapareció mi hermano que le robaba y apareció un nuevo grupo que la esquilaba. -

- ¡Madre del amor hermoso! – exclamó Ana – Pero que revoltillo tenía tu madre. Católica, mahometana, cristiana, evangélica... ¿Tuvo algo más? -

- Bueno, yo creo sinceramente – continuo Isa – que, en su mente ingenua, todos los preceptos, vinieran de donde vinieran, se parecían y lo único que quedaba es la prohibición de hacer cosas y el castigo de un infierno donde perdería el alma. Mi vida se alteró completamente. No podía decirle que me gustaban las mujeres. Que desde los quince años mantenía relaciones con mis amigas y que, en ese momento, estaba completamente enamorada de mi novia catalana. Todo lo que habíamos previsto con ella para nuestro futuro, quedó roto. Tenía que ocuparme de mi madre.

Intente varias veces internarla en un asilo, pero los médicos decían que era un comportamiento esquizoide pasajero. Que ya se recuperaría. Y efectivamente, tenía días en que se comportaba normalmente y otros en que caía en la locura. Así fueron pasando los años. Ella intentando culpabilizarme de todo porque no seguía sus instrucciones, no seguía lo que dictaba la Biblia. Había construido un altar en un rincón del comedor, con una gran Biblia abierta en un atril. Y siempre encontraba una frase que denotaba o bien mi culpa, o bien, Dios le hablaba sobre lo que iba a suceder en un futuro inmediato. Se volvió experta en interpretar frases. Se acercaba al

libro. Lo cerraba y lo abría al azar por cualquier página y escogía una frase con el dedo cerrando los ojos. Los abría y grababa la frase. Y entonces pasaba una semana elucubrando sobre ella e interpretando lo que se escondía hasta que revelaba el secreto.

- ¡Ostias tía! – saltó Rocío – ¡Se volvió pitonisa! Lo que le faltaba. Que panorama tenías en casa ¿eh? -

- ¡No veas tu cuanto! – siguió Isa – Para mí que estaba trabajando, salía todos los días temprano y regresaba por la noche, sin saber que me iba a encontrar. La habían incapacitado permanentemente porque en el trabajo, le daba por perorar en las habitaciones que estaba limpiando. A veces se metía con los clientes hablándoles del cielo y del infierno. Un desastre. Por eso la pensionaron, por su patología. Fueron cinco años de tortura permanente. No salía de mi angustia. Poco a poco se fue extinguiendo físicamente.

- Próxima a su muerte, como si la presintiera, me confesó un terrible secreto que la había consumido. Cuando me encontraba en Barcelona en mis prácticas profesionales, mi hermano se había convertido en un despojo humano por todo lo que se metía. Continuamente la robaba y ya no quedaba nada de valor en la casa. Un día, la Biblia le dio una frase mágica que me repitió varias veces. Se la había aprendido de memoria:

“El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido. (Salmo 51:17)”

Según su interpretación, Dios le comunicaba la posibilidad de lograr su salvación y la de su hijo. Se dio maña de buscar los camellos amigos de mi hermano, para que le vendieran la heroína más pura que pudieran encontrar y entonces, fue ella la que le dio la sobredosis mortal que mató a su hijo, a mi hermano. Lo salvó ofreciéndole un corazón quebrantado a Nuestro Señor. El corazón del hijo que más amaba en el mundo.

- ¡Caramba con tu madre! – dije yo – Estaba bastante enferma. Creo que fue un acto de amor filial, el más próximo a la salvación que buscaba -

- Pues por lo que me confesó, había más cosas. Había preparado también su muerte como otra ofrenda, otro sacrificio. Pero lo peor, también incluía mi muerte. Todos debíamos sacrificarnos en el altar del señor. Su debilidad y la aceleración de su enfermedad mental, me salvaron la vida. -

- ¡Cielo santo! – dijo Ana – Y nunca mejor dicho. Pero, ¿Quién era tu madre? ¿Qué coño tenía en el cerebro para pensar así? Ya sé que estaba enferma, pero me intriga su comportamiento, el laberinto de su raciocinio. Siempre me han fascinado los locos. -

- Pues para ti es una curiosidad. Pero para mí fue una vida frenética. Desquiciante. Ocultaba mi relación con mi pareja y nos veíamos a escondidas. Levantarla del suelo cuando le entraban ataques de pánico. Darle pastillas para convertirla en un vegetal y que me dejara tranquila. Ya puedo ir al infierno, ya. Me parecerá un paraíso con lo que viví al lado de ella. -

- En nuestra sociedad es un delito si no se llora en el entierro de la madre, una abominable contravención a las reglas morales digna de condena social. Pues yo, tengo que decirlo, no lloré. Al contrario, me alegré. Me liberé de ella. No saben la devastación interna que pasé con ella. Fue gracias a mi pareja que pude aguantar todo. A ella le debo prácticamente la vida. Y después de tanto tiempo, necesitaba liberarme de esta historia. Así. Contándola. -

- Agradezco tu sinceridad Isa – dije – pero me intriga saber cómo cambiaste París por este

pueblo perdido -

- Sencillo, Luis, a la muerte de mi madre quede libre de hacer lo que quisiera. No tenía compromisos con nadie, excepto con mi pareja, la mujer que aguanto carros y carretas a mi lado. Necesitaba cerrar con ella mi compromiso y decidimos casarnos. Y resulta que, en Francia, el país de la libertad, no se podía. No existía el reconocimiento de uniones del mismo sexo. Por el contrario, España, el país que venía de un fascismo fanatizado, de un recalcitrante catolicismo que había arruinado la vida de mi madre, ese mismo país, me ofrecía la posibilidad de vivir plenamente con mi pareja. Nos casamos en Barcelona. Fuimos una de las primeras parejas lesbianas que se casaron después de aprobación de la Ley. En España encontramos todos los derechos que no teníamos en Francia. Queríamos tener una vida tranquila y mi pareja pretendía dedicarse a la agricultura biológica. Fue entonces cuando me enteré que vuestro padre buscaba un técnico en alimentos para la conservera. Visitamos el pueblo, y nos gustó. Vimos posibilidades para nuestro futuro. Hablé con tu padre y lo convencí para que me contratara. El resto fue pan comido. Compramos los terrenos para la empresa biológica y empezamos a trabajar. Tu padre nos ayudó bastante. Nos va muy bien, pero nunca dejaré la conservera. Es una cuestión de agradecimiento.

- Gracias Isa – dijeron al unísono Rocío y Ana – Para nosotras, vosotras siempre fuisteis familia. Siempre estuviste en todas las ceremonias familiares y vuestro hijo se ha criado conjuntamente con los nuestros. -

- ¡Ah! Se me olvidaba – dijo Isa – anota Luis que en España pudimos tener un hijo por inseminación artificial cuando en Francia todavía no estaba autorizada. Los derechos alcanzados en España por el colectivo LGBTI han sido extraordinarios. Eso hay que dejar constancia. -